

La niña nueva



Desde la formación, Sol notó algo raro en su clase. La niña que estaba dos puestos más adelante, no sólo era la más bajita de la fila y llevaba una trenza oscura hasta la cintura, sino que vestía un traje fuera de estación. Porque todavía a principios de abril la temperatura sofocaba como para ponerse esa chompa de lana y ese faldón grueso, que además lucían tan anticuados.

Pero aun así, Sol no entendía por qué las chicas y los chicos más cercanos parecían apartarse de ella. Tenían un pie delante y el cuerpo echado hacia atrás, como no queriendo rozarla siquiera. Era como si un anillo invisible creara un espacio vacío alrededor de la niña, un pequeño abismo circular por donde pudieran caer.

Cuando terminó la formación de ese lunes y la profesora dio la orden de entrar al salón, algo salió bruscamente de la fila. Era un bastoncito delgado, de aluminio, que empezó a golpear el suelo tanteando cada paso. Las chicas y los chicos se apartaron un poco más, temiendo



tocar el tubo de metal o tropezar con la niña. Recién entonces Sol la vio con sus enormes anteojos negros y su cara inexpresiva.

Apenas ingresó al salón, la niña tomó asiento en la primera carpeta. Estaba a un paso del pupitre de la profesora y de la pizarra, pero mucho más cerca estaba de la puerta. Sol se sentó atrás, en el mismo lugar que venía ocupando desde que empezaron las clases. “¿Querrá ella escapar de nuestro colegio?”, fue lo que pensó Sol con la carita entre sus puños.

Nadie se sentó al lado de la niña y la profesora observó ese lugar desocupado. Lo observó con cara de sorpresa cuando ingresó al salón y lo siguió observando con cara de tristeza mientras caminaba a su pupitre y tomaba asiento. Acercó con la palma de su mano el registro de asistencia y, un segundo antes de abrirlo, dibujó un gesto de pena con los labios.

Empezó a tomar lista: “Arancibia”... “¡Presente!”... “Astudillo”... “¡Presente!”... “Bustamante”... “¡Presente!”... “Cavero”... “¡Presente!”...

Las chicas y los chicos permanecían tranquilos como nunca, esperando que pronunciara el apellido de la niña. “Quilca”, llamó la profesora y hubo un silencio profundo en el salón. “Quilca” repitió la profesora y la niña respondió bajito: “Soy yo”. Tenía la cabeza caída sobre el pecho y los brazos en una extraña posición, hacia un mismo lado, sujetando con ambas manos el bastoncito de metal.

—Ella es su compañera Quilca —dijo la profesora—. Valentina Quilca. Ella ha venido del departamento de Apurímac, que queda al sur... muy cerca de Cuzco y de Ayacucho.

La profesora hizo una pausa. Podría decirse que en ese salón las chicas y los chicos ni respiraban, pues el silencio era absoluto.

—Ustedes saben que el terrorismo ha sido muy fuerte en la sierra del Perú —continuó la profesora, pero hablaba mucho más despacio que de costumbre, como buscando cuidadosamente las palabras—... y las luchas con el Ejército fueron a diario. La violencia en esa zona era algo terrible... imperdonable...

Apenas la profesora terminó de pronunciar “imperdonable”, Sol se puso de pie, levantó su mochila y dio dos pasos para sentarse al lado de la niña. Todos la miraron entre perplejos y conmovidos.

—¿De qué lugar de Apurímac? —preguntó Sol a la profesora.

Era evidente que Sol quería saber más, pero también quería evitar lo de la violencia, porque le parecía algo muy doloroso para la niña y tal vez algo muy personal.

—Nnno lo sé —dijo la profesora abriendo las manos y dirigiéndose a la niña preguntó —: Valentina, ¿de qué provincia de Apurímac?

Valentina se paró y murmuró unas palabras.

—¿Perdón, Valentina? —dijo la profesora.

—De Andahuaylas —contestó la niña, con un inocultable acento andino.

—¡Andahuaylas! —repitió la profesora como si se alegrara—. Ahí nació nuestro gran escritor José María Arguedas. ¿Tú lo sabías, Valentina?

La niña movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y tú has leído alguna de sus obras? —preguntó la profesora entusiasmada, sin reparar por un instante en el verbo que había usado.

Todos en el salón lo advirtieron y fue como si resonara “leído”... “leído”... “leído”... sordamente en sus cabezas.

—Lo siento —dijo la profesora y caminó hacia la niña. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano y le repitió—:... lo siento mucho.

Entonces la niña respondió con valor:

—Sí, profesora, he leído “El sueño del pongo”.

Ellas se hacen amigas



—**H**ace dos semanas empezaron las clases... ¿quieres que te preste lo que hemos hecho? —le preguntó Sol a la niña, una vez que la profesora terminó de tomar lista y se puso a escribir en la pizarra.

—Sí, por favor.

—¿Desde cuándo estás en Lima?

—Hace cuatro meses.

—¿Y por qué vienes recién...?

La niña llevó su pequeño dedo a la cara, señalándose los ojos. Sol se quedó en silencio, no sabía cómo retomar la conversación para no ofenderla.

—¿Has venido con tus padres? —le preguntó.

—Sólo con mi mamá, a mi papá lo mataron.

—Perdona que sea tan torpe con mis preguntas.

—Está bien —dijo la niña, pasándose la mano por la nariz—... debo acostumbrarme a todo.

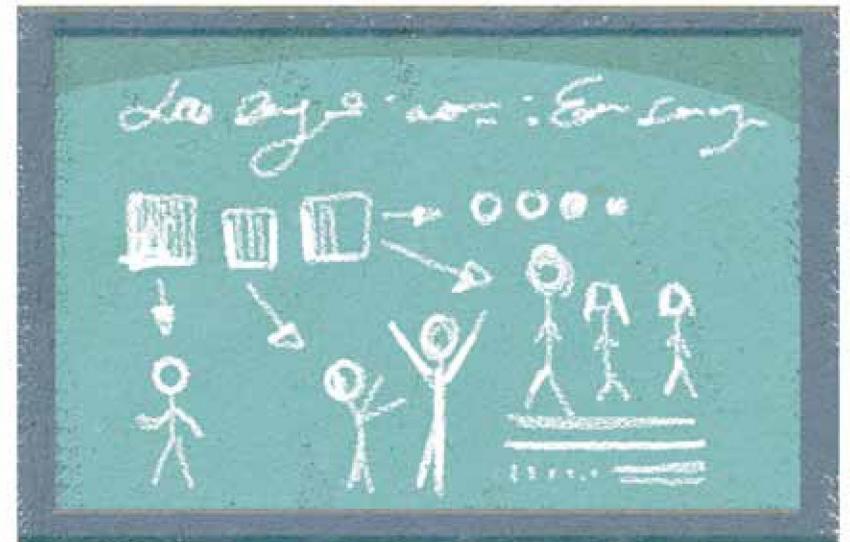
Sol la miró y notó que la niña había endurecido su rostro. Ahora tenía el mentón levantado con cierta

arrogancia y la mandíbula apretada, como expresando enojo.

—Si quieres nos quedamos en el recreo y te ayudo a ponerte al día —dijo Sol.

—Gracias —dijo la niña y volvió a hundir su cara en el pecho, como la había tenido desde que llegó al colegio—. Soy yo la que debo aprender a controlarme.

La profesora había terminado de escribir en la pizarra unas frases y de hacer unos trazos que semejaban cuadrados y también muñequitos de palotes. La profesora, por desgracia, no dibujaba bien. Había hecho algo así:



Luego chasqueó los dedos.

—Escúchenme bien: voy a salir un momento a la biblioteca. Me esperan tranquilos, sin hacer alboroto.